

HERNANDO COLÓN Y LA BIBLIOTECA COLOMBINA *

KLAUS WAGNER
Universidad de Sevilla

La biblioteca que hoy solemos llamar de una manera ciertamente equívoca «Colombina», con justicia debería denominarse «Biblioteca Fernandina». Así la quiso llamar su fundador Hernando [Fernando] Colón ¹.

Con el descubrimiento del Nuevo Mundo —un hecho sin duda también de armas—, don Cristóbal Colón, su padre, había erigido el monumento de su memoria perenne. Distinto el hijo, aficionado desde joven «a las ciencias y a tener muchos libros», como certifica años más tarde el padre Las Casas, su memoria se perpetúa en la grandiosa biblioteca que fue reuniendo en su casa palacio de Sevilla, junto a la Puerta de Goles, a orillas del Guadalquivir.

Armas y Letras en los Colón, aunque de una forma tan polarizada en el padre y en el hijo.

Resulta difícil saber en qué momento don Hernando concibiera la idea de la biblioteca y su finalidad, tal y como nos la legó. Los testimonios al respecto son tardíos, de una época en que aquélla ya había adquirido su configuración y trascendencia.

No obstante, cabe pensar que el primer contacto con los libros y el despertar de su amor por ellos le llegaría por dos caminos muy diferentes. Siendo paje del príncipe Juan, en la misma corte de los Reyes Católicos, recibió, al igual que otros compañeros, las esmeradas enseñanzas del humanista Pietro Martire d'Anghiera. Y también en el círculo familiar, aun cuando su padre don Cristóbal no les tuviese demasiada afición y su vocación por la lectura fuese tardía. Hombre «non doto en letras» y «lego marinero» se llama el Almirante a sí mismo. Como señala Juan Gil, fue a la vuelta del segundo viaje a las Indias cuando trató de conseguir realmente una biblioteca, selecta para el lugar y las circunstancias, «con una sor-

* Esta conferencia, pronunciada en la Universidad de Colonia, el 21 de junio de 1989, es la versión modificada de una ponencia presentada en el *I Encuentro Colombino. Cristóbal Colón: Tres temas de actualidad* (Sevilla, 10-14 de noviembre de 1988), en cuyas actas se publica.

¹ JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ y ANTONIO MURO OREJÓN, *El testamento de don Hernando Colón y otros documentos para su biografía*, Sevilla, 1941, pág. 157.

prendente variedad de temas y de autores. En sus estanterías, en efecto, lucían obras tan diversas como un *Almanaque*, los tratados de Ptolomeo, Plinio, Plutarco, Pedro d'Ailly, Pío II, Marco Polo, el *Catolicón* de Juan Balbo y quizá S. Agustín, Josefo, S. Jerónimo, Francisco de Mairones y el *Vocabulario* de Alonso de Palencia»².

Estos libros, además de otros papeles y manuscritos, al igual que los que eran de la propiedad de don Bartolomé, el tío, pasarían a la muerte de sus dueños a manos de don Hernando: *Libro de las Profecías*; *Ymago mundi* de Pedro d'Ailly; *De consuetudinibus et condicionibus orientalium regionum*, la obra de Marco Polo traducida del italiano al latín; la cosmografía de Enea Silvio Piccolomini (luego Papa Pío II) *Historia rerum ubique gestarum*; *Historia Naturale* de Plinio; para nombrar las obras que llevan anotaciones del Almirante y/o de su hermano Bartolomé. Hernando las recibiría con la devoción que por todo lo que para él representaban su padre y la familia Colón.

En los albores de la que iba ser una de las bibliotecas privadas más espléndidas de su época, Hernando Colón recibe de manos de su tío Bartolomé un pequeño libro de carácter didáctico, hoy perdido, que lleva por título *Soprascritti & introscripti di lettere*. El mismo título nos hace presumir las intenciones pedagógicas que el tío persigue al entregarle dicha obra a su sobrino. Éste, con la meticulosidad y puntualidad que le caracteriza, anota a continuación del asiendo 3774 del «Índice Numeral»: «diómelas el Adelantado, mi tío, en Sevilla, año 1509».

A este regalo siguen otros. El mismo año, también en Sevilla o tal vez durante la travesía, «cuando yvamos a las Yndias», acompañando a su hermano Diego, segundo Almirante, Cristóbal de Sotomayor «hijo de la condesa de Camina» le regala un manuscrito «Sedacius totius alchimie Guillelmi Sedacerii» conjuntamente con la «Summa de Geber»³.

La estancia de Hernando Colón en el Nuevo Mundo fue de poca duración, ya que vuelve casi de inmediato. A su regreso, un mercader florentino residente en Sevilla, Simón Verde, con el cual le unirán asuntos de negocios, le obsequia en noviembre de 1509 con el *Triumpho della Croce di Christo* de Girolamo Savonarola⁴.

Por estas fechas poseía ya, según su propio testimonio 238 volúmenes guardados en cuatro arcas. Estos libros constituyen, sin duda, el núcleo inicial de la «Librería Fernandina»⁵.

² *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón. El libro de Marco Polo versión de Rodrigo de Santaella*. Edición, introducción y notas de Juan Gil [Madrid], Alianza Editorial, págs. XXII y sig.

³ «Índice Numeral», núm. 3785. Sobre este repertorio y su función en la «Librería Fernandina» véase TOMÁS MARÍN MARTÍNEZ, «Memoria de las obras y libros de Hernando Colón» por el bachiller Juan Pérez, Madrid, 1970, págs. 517-614.

⁴ Venecia, L. de Soardis, 1505. «Índice Numeral», núm. 3374. *Biblioteca Colombina. Catálogo de sus libros impresos publicado (...) bajo la inmediata dirección de su bibliotecario (...) Servando Arbolí y Farauo, con notas bibliográficas del Dr. Simón de la Rosa y López*, Sevilla, 1888-1948 [Reprint, Nieuwkoop, 1971], 7 vols., VI, pág. 251.

⁵ Véase DUQUESA DE BERWICK Y DE ALBA [MARÍA DEL ROSARIO FALCÓ Y OSORIO], *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*, Madrid, 1892, págs. 77-79; citamos según ANTONIO RUMEU DE ARMAS, *Hernando Colón, historiador del descubrimiento de América* [Madrid], Instituto de Cultura Hispánica, 1973, pág. 6. Véase también EMILIANO JOS, *Investigaciones sobre la vida y obras iniciales de don Fernando Colón*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos, 1945, págs. 52 y sig.

Como me ha señalado amablemente mi estimado amigo Juan Gil, la obra de Estrabón, *De situ orbis*, Venecia, 1494, hoy en la Biblioteca Universitaria de Sevilla, debía figurar entre los primeros libros que poseyó don Hernando y el primero que anotó profusamente. En la última página se lee la curiosa nota: «Hunc libr[um] perlegi ego don Ferdina[n]dus Colon in oppido Alua de Tormes circa fine[m] a[n]ni 1508 a principio usq[ue] ad fine[m] eu[m]q[ue] anotavi prout tyrocinij litteratura suppeditabat». Debajo hay otra nota que dice: «Costó este libro 187 mrs. en Medina del Campo. Está registrado: 3076»⁶.

Además de otros regalos⁷, en estos años de 1509 a 1510 y en adelante, se suceden también, como vemos, las primeras compras sistemáticas de libros en Sevilla, Medina del Campo, Toledo, Valladolid, Calatayud, Lérida, Alcalá de Henares, etc.⁸.

Sevilla y algunas de las otras ciudades referidas eran, sin duda, importantes centros de la imprenta y del mercado del libro en España. Sin embargo, como dirá don Hernando luego en su testamento, «proveerse syenpre [i.e. sólo] de libros en Seulla o en Salamanca, avrá ynfinitos libros de que nunca terná noticia ni se pornán en la librería, porque nunca se traen a estas partes»⁹.

Había que salir, pues, de España y recorrer los emporios de la producción y del comercio librero en Europa, «porque con todo género de libros que por la christiandad se ynprimen, syenpre los libreros acuden a vna de seys cibdades que son Roma, Venecia, Nurenberga, Anveres, París y León en Francia», como señala, a la vista de sus experiencias, en el testamento¹⁰. En vida, no obstante, no se limitó a visitar únicamente a estos centros, sino que recorrió un sinnúmero de ciudades de Italia, Alemania, Francia, Países Bajos e Inglaterra. Gracias a su costumbre de anotar casi siempre el lugar, fecha, precio y el cambio de las respectivas monedas en relación con el ducado de oro español, en los mismos libros adquiridos y a continuación de su descripción bibliográfica en el «Índice Numeral», hemos podido establecer con bastantes pormenores su itinerario¹¹.

Así, se desplazó varias veces a Italia entre 1512 y 1516, con largas estancias en Roma. Entre 1520 y 1522 recorre los Países Bajos, Alemania, el Norte de Italia e Inglaterra, coincidiendo su viaje en ciertos momentos con el itinerario de la corte de Carlos V, a la que estuvo adscrito de alguna forma¹². Otro largo viaje le lleva

⁶ En realidad es el número 3075 del «Índice Numeral». Cfr. *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón y que se conserva en la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla*. Edición, traducción y estudios de Juan Gil. Presentación de Francisco Morales Padrón. Madrid, Testimonio Compañía Editorial, 1986 [Tabula Americae, 5], págs. 117-118.

⁷ Así, en enero de 1510, encontrándose en Valladolid, en la corte de Fernando el Católico, por asuntos que le había encargado su hermano Diego, un tal Almeyda «paje de don Hernando de Toledo, hermano del duque» le regaló —o Colón hizo que se lo regalara— un tratado manuscrito en lengua catalana, «Libro de menescalía compuesto por mosen Manuel (...), todo de mano (...), en lengua catalana», como reza el asiento 3292 del «Índice Numeral».

⁸ KLAUS WAGNER, «El itinerario de Hernando Colón según sus anotaciones. Datos para la biografía del bibliófilo sevillano», en: *Archivo Hispalense* 203 (1984), pág. 87.

⁹ J. HERNÁNDEZ DÍAZ y A. MURO OREJÓN, *op. cit.*, pág. 151.

¹⁰ *Ibid.*, págs. 151 y sig.

¹¹ Véase la nota 8.

¹² K. WAGNER, «Un hijo de Colón en Alemania», en: *Anales de la Universidad Hispalense* XXVI (1966), págs. 101-109.

de nuevo a Italia, Alemania y los Países Bajos entre 1529 y 1531, y de junio de 1535 hasta mayo de 1536 lo encontramos en el sur de Francia, concretamente en Lyon, Montpellier y Aviñón, siempre a la búsqueda de nuevos libros para la biblioteca cuya formación debía de tener ya en mente.

Entre las incidencias más destacadas que le sucedieron en estos viajes cabe señalar su encuentro con Erasmo, cuyas obras han de figurar en su totalidad en la Biblioteca Fernandina¹³. Fue el 7 de octubre de 1520 y en Lovaina, adonde Colón había llegado con la corte del futuro Rey de Romanos y electo emperador del Sacro Imperio Romano de Nación Alemana. En esta ocasión, el príncipe de los humanistas le obsequió con un ejemplar de su *Antibarbarorum liber* y se lo dedicó: «Don Ferdinando Colon Erasmus Roterodamus dono dedit». A primera vista la dedicatoria podría parecernos demasiado escueta y poco afectuosa, como escrita por quien trata de despachar pronto a un visitante molesto. ¡Qué duda cabe de que Erasmo estuviese entregado en estos días a un agotador ajetreo y «politiqueo», muy al contrario de su afán de ser «homo per se»! Sin embargo, nos consta que la dedicatoria a Hernando Colón fue sincera. No varía en nada de otras dirigidas a personas amigas cuyas particulares que conocemos. A Colón, no obstante, le parecería insuficiente el recuerdo, pues, no sin cierta satisfacción escribe a continuación de su puño y letra: Lovanii die dominica octobris septima die anni 1520 qui quidem Erasmus duas primas lineas sua propria manu hic scripsit», y en la última hoja del libro insiste: «Este libro me dio el mismo autor como parece en la octava plana»¹⁴.

En otros viajes y en otros momentos, don Hernando tuvo ocasión de conocer personalmente a Antonio de Nebrija (Alcalá de Henares, 1517), Hernán Pérez de Oliva (Sevilla, 1525), Juan Ginés de Sepúlveda (Milán 1530), Symphorien Champier, el célebre y discutido médico, filósofo, historiador y poeta francés (Lyon, 1535), fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México (Valladolid, 1536), el obispo Bernal Díaz de Luco (Valladolid, 1536) y otros. Y todos le regalaron alguna obra de su pluma, como Colón anota puntualmente¹⁵.

Después de Lovaina, don Hernando asistirá a la coronación de Carlos V en Aquisgrán, y con el nuevo Rey de Romanos llega a Worms, donde el Emperador iba a celebrar su primer encuentro con los príncipes y estados de Alemania. Camino de la ciudad imperial, pasa unos días en Colonia (29 de octubre - 18 de noviembre), donde compra entre otros libros la *Epistola Philippi Melanchth. ad Job. Oecolampadium de Lipsica disputatione*, una obra que le pone en contacto directo con los sucesos que desembocarían en la Reforma. A Colón poco le importaban la política y las querellas eclesiásticas del momento. Entregado a su pasión de coleccionar libros, se dedica a recorrer las librerías de la ciudad de Worms. Alguien le regaló una obrita de santos, la *Passio sive historia XI. M. virginum*, que leyó

¹³ TOMÁS MARÍN MARTÍNEZ, «Presencia de Erasmo en la Biblioteca Colombina de Sevilla», en: *Homenaje a don Agustín Millares Carlo*, Madrid, Caja de Ahorros de Gran Canaria, 1975, I, págs. 685-708.

¹⁴ K. WAGNER, «Libros obsequiados a Hernando Colón y otras curiosidades de su Biblioteca», en: *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, III, pág. 720.

¹⁵ *Ibid.*, *passim*.

allí mismo, pues en el ejemplar escribe: «Hunc librum mihi dono datum perlegi en Burmez oppido Almanie in 12 die januarii cum duobus sequentibus anno 1521». Los dos títulos siguientes en el «Índice Numeral» a que se refiere son *Canonici indocti Lutherani. Eccio respondent Canonici indocti* de Juan Ecolampadio y el anónimo *Hochstratus ouans* de Ulrico von Hutten. Estos dos libellos así como otros panfletos que adquirió en esta época deberían de contribuir a que Colón conociera lo que en Alemania se estaba cocinando en el terreno eclesiástico y religioso. Pero poco le importaría, ya que ni siquiera esperó la llegada de Lutero a la Dieta, sino que prefirió abandonar la Corte¹⁶ y continuar el viaje por su cuenta, Rin arriba, a Italia, siempre en busca de nuevas adquisiciones para la biblioteca. En Venecia estableció su cuartel general de mayo a octubre de 1521. Durante el camino y, sobre todo, en Venecia había conseguido un sinfín de libros, entre ellos casi todas las obras de Lutero hasta entonces aparecidas, y una de capital importancia: *De captivitate Babylonica ecclesiae*. Todos estos libros pensaba enviarlos a Sevilla por vía marítima. Por un infortunio se perdieron. En el llamado «Memorial de los libros naufragados»¹⁷ escribe: «Nota que todos los libros contenidos desde el núm. 925 hasta aquí [número 2562] son los que yo dexé en Venecia a miser Otauio Grimaldo que me los enviase y se anegaron en la mar».

El referido «Memorial», además de reflejar el extraordinario volumen de las compras realizadas por Colón, nos da una primera muestra del modo de tratar los libros con unos criterios biblioteconómicos sorprendentemente modernos en una especie de catálogo de adquisiciones. En el «Memorial», como luego hará en el «Índice Numeral», recoge la descripción bibliográfica exacta de cada uno de los títulos adquiridos: nombre de autor, título de la obra, pie de imprenta, formato, incluso los comienzos y finales de las diversas partes que componen la obra, amén de otros detalles como el lugar y el precio de la compra, etc.

Hasta finales de 1521, principios de 1522 Hernando Colón no volverá a Alemania para reunirse de nuevo, unos meses después, con la Corte Imperial en Bruselas. Y en todas las estaciones del viaje sigue comprando considerables cantidades de libros. Así en Padua, Treviso, Feltre, Trento, Nuremberg, Würzburg, Francfort, Maguncia, Colonia, Aquisgrán, Lovaina y Bruselas.

Para hacernos una idea del volumen de compras que realiza don Hernando, diré que sólo en Colonia (febrero de 1522) adquiere más de mil libros.

Durante su nueva estancia en esta ciudad se encontraría con Ortvinus Gratius, el desgraciado protagonista de las *Epistolae obscurorum virorum* y le enseñaría un librito comprado antes en Nuremberg, *Gemma pronosticationum* (...) que corría con el nombre de Ortvinus como autor, pero éste lo negó: «Non esse suum asse-

¹⁶ Años más tarde, no se comportará de otra manera. Una vez más hubiese podido ser testigo de uno de los grandes acontecimientos de la época. Su estancia en Milán en enero de 1530 coincide con el largamente esperado encuentro de Carlos V con el papa Clemente VII. Curiosamente no asiste a la coronación del emperador, pues cuando ésta se celebra el 24 de febrero ya se había marchado a Venecia. *Cfr.* K. WAGNER, «Libros obsequiados», pág. 721.

¹⁷ Sobre este repertorio véase T. MARÍN MARTÍNEZ, «Memoria de las obras y libros de Hernando Colón», págs. 685-760.

ruit idem Ortvinus mihi Colonie», como anota Colón en el asiento correspondiente del «Índice alfabético».

Y, ya que estamos hablando de la presencia de don Hernando en Colonia, quiero anticipar que volverá a ella una tercera vez, del 14 al 19 de julio de 1531, como siempre para comprar libros.

Por entonces, los caminos no debían de estar exentos de peligros para un extranjero y más si era español. Hernando Colón lo recordará en su testamento cuando habla del individuo encargado de las compras de libros y dice que éste debería ser italiano, alemán o francés, «porque siendo de cualquier destas tres naciones, va más seguro fuera despaña e le miran con mejores ojos que no al español; y esto tengo muy experimentado, e quando yo andava fuera estos reynos [de España] syenpre hablava italiano do quiera que fuese por no ser conosciado por español, e con esto, bendito nuestro señor, me escapé de muchos peligros en que me vi y en que fenesciera sy supiera que hera español».

Hubo y, tal vez, habrá quien esté molesto por esta afirmación de Colón, viéndolo en ella una actitud antiespañola. Nada de esto. Don Hernando muestra una mente fría y pragmática, que transmite una experiencia personal frente a una realidad que no se puede ignorar. ¿Qué le vamos a hacer? Los españoles tenían mala prensa en la Europa del siglo XVI, en Italia, en la vecina Francia y, sobre todo, en la Alemania por entonces mayoritariamente protestante.

Con el Emperador vuelve Colón a España (verano 1522). La cosecha del viaje de 1520-1522 por Europa ha sido inmensa. El caudal de libros que trajo a España fue ingente, como ingente fue el número de los traídos de Italia años anteriores. En el «Índice Numeral», que probablemente empezaría a redactar por estas fechas, se recogen 4.231 libros del viaje 1520-1522, además de las obras adquiridas hasta entonces en Italia y España. En los años que siguen hasta la muerte del bibliófilo, en 1539, llegarán a Sevilla, fruto de nuevos viajes por Europa, como se ha dicho, miles y miles de libros más, hasta un total de «al menos 15.381, sin excluir la probabilidad de que fueran, si no muchos, sí algunos más», según el cómputo que con mucho tino establece Tomás Marín¹⁸.

Ha llegado el momento de preguntarnos qué libros compra don Hernando y qué finalidad pensaba dar a los mismos. —Sin temor de equivocarnos, podemos afirmar que compró todo lo que circunstancias y medios le permitieron alcanzar, y éstos últimos fueron casi ilimitados.

Una vez más conviene releer el testamento de don Hernando, para aprender que su principal interés se centraba en los libros de molde. En efecto, el número de los manuscritos que se hallaban y existen todavía en su biblioteca es, ciertamente, inferior al de los libros impresos. Naturalmente cuidaba de adquirir también manuscritos, si bien a este respecto procedía de acuerdo con unos criterios particulares y diferentes de los que seguían otros humanistas y solemos seguir actualmente. Así dice que sólo en el caso de no poder comprarse libros impresos nuevos, se comprasen manuscritos «que no los aya estanpados», y a condición de que «no los merquen por más prescio que valdrían de estanpa». La importancia de

¹⁸ T. MARÍN MARTÍNEZ, *op. cit.*, pág. 606.

los manuscritos de la Biblioteca Fernandina reside, pues, en su rareza y calidad. Entre los que se conservan habrá que mencionar necesariamente un códice carolino¹⁹, las sátiras autógrafas de Francesco Filelfo que tuve la suerte de descubrir apoyándome en dos cartas autógrafas del humanista italiano, también de la Biblioteca Colombina, y en la breve nota, «originalis ex propria Philelphi manu», que don Hernando puso escuetamente en el «Índice Alfabético»²⁰. Allí están los cancioneros musicales²¹ y una serie de códices que pertenecieron a Marín Sanudo, que Colón pudo adquirir en 1531 en Venecia, en un momento en que el patricio, humanista e historiógrafo veneciano se vio costreñido a vender parte de su valiosa biblioteca, celebrada repetidas veces por Aldo Manuzio, para hacer frente a su penuria económica²².

En lo que se refiere a los libros impresos, Hernando Colón establece también una normas basadas, sin duda, en su larga experiencia. Para cumplir con su afán de tener una biblioteca de las más completas, señala que se tenga «cuydado de comprar todas las obrezillas pequeñas de qualquier calidad que sean, e que proveydos primero de aquellas conpren después las mayores».

Don Hernando conocía muy bien el mundo del libro. Por eso añade en otro lugar de su testamento: «Yten se a de avisar a los mercaderes respondientes de las dichas seys cibdades [Roma, Venecia, París, Amberes, Nurenberg, Lyon], que no tomen ni escojan librero para proveerse de los gruesos e cavdalosos, lo vno, porque no tratan ni curan de las obrezillas pequeñas ni de coplas e refranes y otras cosyllas que también se an de thener en la librería; lo otro, porque como son ricos dan de lo que tienen de su tienda, e no quieren yr ni enbiar a saber qué y en la otras; lo otro, porque si tuvieren algunas obras gruesas, aquellas no se pueden encubrir e do quiera se hallan y en las pequeñas ay más dificultad en las buscar (...)».

En sus viajes, Colón no sólo recorría pacientemente las librerías en busca de novedades —algunos libros los compró el mismo día en que salieron a la luz—, sino que se metía en las mismas imprentas y compraba libros en forma de pliegos, todavía sin encuadernar. Así en el ejemplar de *La Deploration de la Cité de Genesue* leemos la siguiente nota: «Este libro me dio el que lo estanpó, dycho príncipe, en León a 9 de otubre de 1535, en Francia». Jean Babelon ha identificado al impresor así denominado, que resulta ser Pierre de Sainte Lucie²³.

¹⁹ T. MARÍN MARTÍNEZ, «Un nuevo códice carolino (Biblioteca Colombina Ms. 101)», en: *Hispania Sacra* XII (1959), págs. 165-189.

²⁰ K. WAGNER, «Un manuscrit autographe inconnu de Francesco Filelfo», en: *Scriptorium* XXXI (1977), págs. 70-82.

²¹ HIGINIO ANGLÉS, «La música en la Biblioteca Colombina y en la Catedral de Sevilla», en: *Anuario musical* 2 (1947), págs., 3-39.

²² K. WAGNER, «Sulla sorte di alcuni codici manoscritti appartenuti a Marin Sanudo», en: *La Bibliofilia* LXXIII (1971), págs. 247-262; *Id.*, «Altre notizie sulla sorte dei libri di Marin Sanudo», en: *La Bibliofilia* LXXIV (1972), págs. 185-190; *Id.*, «Nuove notizie a proposito dei libri di Marin Sanudo», en: *La Bibliofilia* LXXXIII (1981), págs. 129-131.

²³ JEAN BABELON, *La bibliothéque française de Fernand Colomb*, París, Librairie Ancienne Honoré Champion, Éditeur, 1913, pág. 72.

A la luz de las noticias referidas es como hay que contemplar la primitiva Biblioteca Fernandina y lo que de ella ha quedado tras innumerables pérdidas lamentables.

En la «Memoria de las obras y libros de Hernando Colón» del bachiller Juan Pérez, amigo y fámulo del bibliófilo, se lee: «Tuvo también don Hernando mi señor, que está en gloria, muy gran deseo de allegar muchos libros y aun todos los que pudiese hallar»²⁴.

Nos hallamos, pues, ante el proyecto de una biblioteca universal, cuyo destino quedó truncado a la muerte de su fundador en 1539.

Hasta el momento de su fallecimiento logró reunir en Sevilla la impresionante cantidad de 15.000 y pico de libros. Más exacto sería hablar de títulos, pues, cuando don Hernando se refiere a «libros» lo hace también con respecto a folletos de pocas páginas.

Ya hemos visto su preferencia por las «obrecillas» que todavía hoy conforman, además de numerosos incunables, piezas rarísimas y únicas, la parte más valiosa de la Biblioteca Fernandina, particularmente en lo que se refiere a los fondos en lengua francesa e italiana²⁵ o a la espléndida colección de 260 pronósticos astrológicos de los siglos XV y XVI²⁶.

Las adquisiciones —y en esto hay que insistir— no se someten a ninguna restricción de carácter ideológico o de idioma. Sólo así se comprende que don Hernando pudiera reunir en Sevilla el mayor alijo de obras que tratan de la Reforma procedentes tanto el campo protestante como del católico, que jamás se vieron juntas en la España del siglo XVI: una veintena de obras de Lutero, 29 de Zwinglio, 44 de Melancthon, etc., hasta un total de unas 560 obras de unos 175 autores²⁷.

En su momento, Henry Harrisse pretendió que «Pedro Mexía, Pietro Martyr d'Anghiera, Oviedo, Gomara, García y Matamoros, Juan del Mal Lara, Cieza de León, Zurita, Florián de Campo, Sepúlveda, Dormer, Garibay, Guevara, Bartolomé de las Casas, «qui étaient des amis personnels ou des contemporains de Fernando et qui ont parlé de lui ou des découvertes accomplies par son père, fréquenterent la Bibliothéque Colombine»²⁸. Desde luego, no hay duda de que tuvieron directa o indirectamente noticias del grandioso proyecto de Hernando Colón, pero no existe ningún testimonio de que alguno de ellos, sobre todo los sevillanos, conocieran los fondos de la Biblioteca. Ésta, como quiero anticipar, no era una biblioteca pública.

²⁴ T. MARÍN MARTÍNEZ, «Memoria de las obras y libros de Hernando Colón», pág. 19.

²⁵ El catálogo de los libros impresos en lengua italiana elaborado por Manuel Carrera Díaz y Klaus Wagner se encuentra en vías de publicación. Véase también la obra citada de JEAN BABELON y MARIO RUFFINI, *Fernando Colombo e i libri italiani della Biblioteca Colombina di Siviglia*, Torino, Bottega d'Erasmus, 1960.

²⁶ K. WAGNER, «Judicia Astrologica Colombiniana. Bibliographisches Verzeichnis einer Sammlung von Praktiken des 15. und 16. Jahrhunderts der Biblioteca Colombina Sevilla». En: *Archiv für Geschichte des Buchwesens* XV (1975), cols. 1-98.

²⁷ K. WAGNER, «La reforma protestante en los fondos bibliográficos de la Biblioteca Colombina». en: *Revista Española de Teología* 41 (1981), págs. 393-463.

²⁸ HENRY HARRISSE, *Excerpta Colombiniana. Bibliographie de Quatrecent Pièces Gotiques, Françaises, Italiennes & Latines du commencement du XVIe siècle non décrites jusqu'ici, précédée d'une histoire de la Bibliothéque Colombine et de son fondateur*, París, H. Welter, 1887, págs. 33 y sig.

Más de uno, Pedro Mexía en cabeza, hubiese puesto el grito en el cielo a la vista de tantos y tantos libros heterodoxos, peligrosos e irreverentes. ¡Qué decir de Sepúlveda que regaló a Colón su obra *De fato et libero arbitrio contra Lutherum* cuando ambos coincidieron en Bolonia en 1530.

Dicho sea de paso que la mayoría de los libros en cuestión se eliminaron, como he podido comprobar, en los expurgos que la Inquisición llevó a cabo en la Biblioteca entre 1640 y 1662. Sin embargo, la tarea debía de resultar abrumadora para los encargados de examinar el ingente caudal de libros, pues, de otra manera no se les hubiesen escapado algunas de las obras señaladas que por fortuna nos han llegado.

La Reforma y todo lo que supuso en su momento y supone para la espiritualidad de Occidente, no le interesaba a Colón en particular, pero el que decidiera que estas obras no debían faltar en su biblioteca, avala la seriedad de su empresa, le honra, en nuestra opinión, como persona, y la destaca por encima de la mayoría de sus contemporáneos. En nuestra época, un buen bibliotecario no actuaría de distinta manera: a la hora de seleccionar libros no se deja guiar por preferencias o ideología.

Tras la aparente bibliomanía de Hernando Colón se esconde el, para la época, singular proyecto de una biblioteca universal y enciclopédica, como ya se apuntó. Un proyecto que se configura documentalmente por vez primera en la petición que dirige Colón al Emperador solicitando una subvención para el mismo. En esta súplica manifiesta su idea de «que aya cierto lugar en los reynos de vuestra magestad, a do se recogan todos los libros y de todas las lenguas y facultades que se podrán por la Christiandad y en fuera della hallar (...), para que no se pierda la memoria de tan nobles varones como se desvelaron para nuestro bien, segund de munchos está ya perdida, de cuya copia e posesión pudiera resultar sertidumbre y sosiego para en las cosas que tocan a la religión y a el gobierno de la república, y ansimesmo servirán para beneficio comud y para que aya refugio donde los letrados puedan recurrir en qualquier duda que se les ofresciere»²⁹.

Pero entendámonos bien. Celoso de sus libros y consciente de la dificultad de conservarlos, don Hernando no quiso que su biblioteca fuese pública. Los que querían consultar los libros debían de hacerlo a través de unas rejillas entrelazadas. Y es más. Dice en el testamento: «Digo que esta librería no se hace tanto para estudio común como para guarda de todos los libros, e para que se hagan dellos las tablas de los abtores y ciencias e los epítomes e materias, e que lo demás para el común basta para satisfacerse de dudas o ver vna cosa notable, que para estudiar ad longun no les ha de faltar estudios e libros en que deprendan, pues que vemos ques ynposible guardarse los libros aunque están atados con cient cadenas».

Reunir, conservar, acrecentar y transmitir el saber de todos los tiempos y deterrar la ignorancia, ésta fue la finalidad con la que don Hernando Colón instituyó su grandiosa biblioteca. Por eso leemos con respeto y con gratitud la cláusula del testamento que por su expreso deseo se reproduce a modo de ex-libris en cada uno de sus libros y que dice: «Don Fernando Colón, hijo de don Christóval Colón, primero almirante que descubrió las Yndias, dexó este libro para vso y provecho de todos sus próximos. Rogad a Dios por él».

²⁹ J. HERNÁNDEZ DIAZ y A. MURO OREJÓN, *op. cit.*, pág. 241.